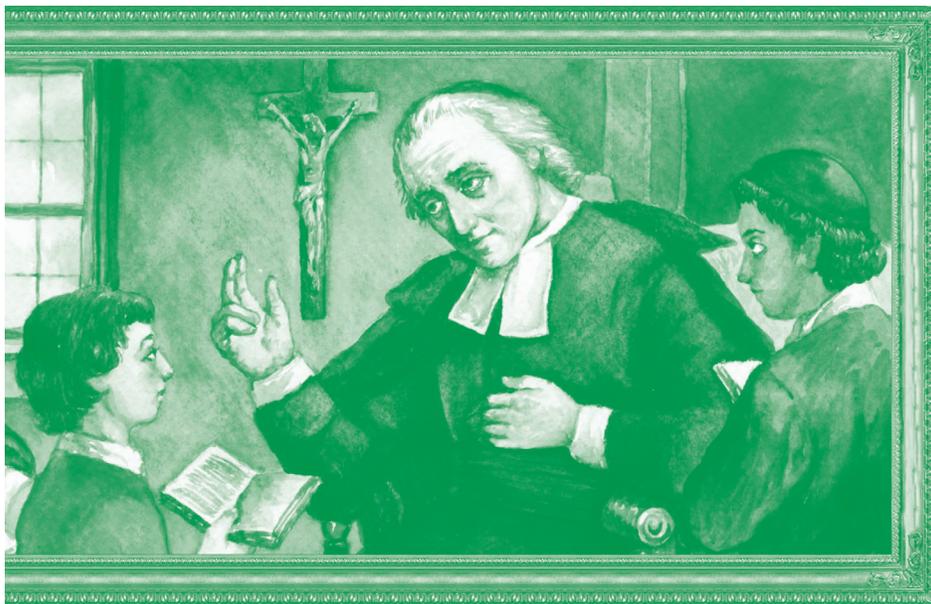




Capítulo 5. *Con nuevos impulsos*

Arraigados ya en la capital del Reino, la vida de la comunidad comenzó pronto a desarrollarse con agilidad. Juan Bautista hacia frecuentes viajes a Reims para mantener las relaciones entre las comunidades de estas localidades y para alentar el espíritu de los Hermanos. En Enero de 1690 se abrió otra escuela en la Calle Del Bac por deseo del Párroco, pues el número de escolares ya era elevado. La Salle se habían traído otros dos Hermanos de Reims.

Para tenerlos más cerca y educarlos mejor, en este tiempo La Salle llevó a los “Novicios Menores”, que serían cinco o seis, a París. Y dispuso para que los Novicios que quedaban en



San Juan Bautista de La Salle

HECHOS Y GESTOS DE UN MENSAJERO

Reims estuvieran bien atendidos. Dos o tres fueron puestos a cargo del Hermano Enrique L'Heureux, en París, quien los cuidaría al mismo tiempo que estudiaba Teología para llegar en unos años al objetivos que Juan Bautista se proponía. Pero Dios tenía otros designios.

El nuevo párroco, Enrique Baudrand, quiso al poco tiempo de su llegada cambiar la vestimenta original de los Hermanos, pues no le agradaba que no fuera ni clerical ni seglar. La Salle redactó el “Memorial sobre el Hábito”, primer escrito pedagógico que de él conocemos. Parece que las razones persuadieron o, al menos, acallaron al Párroco, quien no insistió más en el asunto. Pero de inmediato comenzaron las persecuciones por parte de los maestros calígrafos. Habían sentido al principio curiosidad y sorpresa, pero, a los pocos meses, se desviaron hacia la envidia y la rivalidad por los aciertos de las escuelas de los Hermanos. Pensaban que les quitaban “clientes” para su negocio docente, pues ellos percibían una cantidad por sus enseñanzas y las escuelas de los recién llegados eran siempre y del todo gratuitas.

La Salle fue citado a los tribunales. El chantre Claudio Joly acordó cerrar la escuela de Bac el 23 de Febrero y los calígrafos, de inmediato, se incautaron por la fuerza del mobiliario. La Salle apeló ante la sentencia del chantre a la autoridad superior del Parlamento. Los jueces decidieron a favor de La Salle y los maestros hubieron de devolver lo incautado. En Noviembre, la Salle marchó a Reims y cayó enfermo. Después de varias semanas en cama, mejoró, pero su convalecencia fue larga. Blain cuenta cómo fue a visitarle la abuela Petra, de 75 años, y se enfadó un poco, porque no la dejó subir a su humilde habitación, sino que él mismo bajó al recibidor.

No repuesto del todo, recibió una mala noticia de París: la enfermedad grave del Hermano Enrique L'Heureux. Se decidió a salir con urgencia para ver al enfermo, estando todavía convaleciente. Llegó en los primeros días de Enero de 1691. El Hermano Enrique había muerto ya dos días antes y había sido enterrado. La anterior enfermedad no curada, el frío invernal, el agotamiento del viaje, la impresión angustiada de la noticia no esperada, le produjeron enfermedad grave que le llevó a las puertas de la muerte.

Hubo de guardar cama seis semanas, se complicó su situación y le sobrevino una fuerte depresión. Alarmado el párroco por la gravedad, reclamó él mismo la ayuda de un médico célebre y eficaz, el Dr. Helvetius. El doctor recomendó la administración de la extremaunción y el viático por su gravedad y él recibió los sacramentos con serenidad y humildad. Luego Helvetius le aplicó un remedio muy fuerte y extremo, advirtiéndolo a los consternados Hermanos que podría suceder cualquier cosa. Pero la Providencia tenía sus planes. La reacción al remedio fue positiva y el enfermo se restableció en varias semanas más.

Durante las largas horas de la convalecencia se dio cuenta de que era preciso fortalecer la vocación de los veinte o veinticinco Hermanos que formaban ya el Instituto. Habían ido entrando muchos durante los diez años que llevaba la obra. Pero también era cierto que bastantes se le marchaban. Además se dio cuenta de que, si la muerte la hubiera sobrevenido en su pasada enfermedad, la obra se hubiera arruinado. Pensó que era la hora del gobierno autónomo y de la mejora de las estructuras sociales del Instituto.

Los Hermanos maestros se veían desde dentro más Hermanos que maestros. Pero los de fuera, los párrocos y los demás maestros, sobre todo los de París, los miraban más como maestros que como Hermanos. La muerte del Hermano Enrique



le había abierto los ojos: entendió perfectamente que de ninguna manera había que introducir sacerdotes entre ellos. L'Heureux había sido el signo de la Providencia, que le había señalado el camino. Pero también había intuido que nadie debía ser necesario o imprescindible. Era la hora de una regla firme, de un sistema de designación de cargos directivos en las obras; sobre todo, de una consagración religiosa fuerte.

En Junio buscó y alquiló una casa en el barrio de Vaugirard, cerca de la parroquia de San Lamberto. Con motivo de las vacaciones, convocó a todos los Hermanos en Agosto a esa casa. Hizo con todos ellos un retiro largo que duró hasta el mes de Octubre. Intentó con él fortalecer la formación y el entusiasmo. Terminado el retiro, hicieron los votos propios del Instituto: además del de obediencia ya hecho, el de enseñar gratuitamente a los pobres y el de asociación.

Y terminaron marchando a sus respectivos lugares los más firmes. Pero a los más jóvenes, unos ocho o diez, los retuvo en la casa por otros dos meses para hacer un Noviciado inicial, aunque breve, es decir, un tiempo fuerte de oración, estudios, descubrimiento de la propia vocación y fortalecimiento de la voluntad. En las aulas que estos jóvenes llevaban puso maestros provisionales, aunque evidentemente todo ello le supuso un gasto que la Providencia le facilitó, aunque no sepamos cómo.

Por esos días, mientras estaba en el retiro, falleció su abuela Petra. Él se enteró varios días después. Rezó por ella y se fue haciendo cada vez más consciente que la vida humana es un peregrinaje y hay que estar cada vez más desprendidos de las cosas para el camino y más dispuesto para la llegada a la meta.

Entre las decisiones de ese momento están la de mejorar la formación de los Hermanos nuevos y la de mantener correspondencia mensual con cada Hermano para dar cuenta de la conducta y ayudar a cada uno de forma más personal en sus problemas y desánimos. Fue entonces cuando, en medio de sus dudas sobre si el Instituto se mantendría firme a medida que fuera creciendo y aumentando las dificultades, invitó a dos Hermanos a formular ante Dios un voto "heroico". Fue uno de los gestos que en adelante el Instituto miró como signo de fortaleza. El 21 de Noviembre hizo, en secreto, con los Hermanos Gabriel Drolin y Nicolás Vuyart el voto de mantener la obra a pesar de todas las dificultades, "aunque tuvieran que vivir de limosna y comer sólo pan y aunque quedaran los tres solos".

Lo hicieron en secreto pues entendieron que era un acto íntimo personal, confiados en que Dios quería la obra de las escuelas y ellos eran los elegidos para

sostenerla hasta la muerte. Sólo muchos años después, cuando Drolin volvió de Roma y ya había fallecido el Fundador, los Hermanos conocieron el hecho y la fórmula escrita que Drolin había guardado.

La idea del Noviciado, avalada por la experiencia de vivir esos tres meses con los más jóvenes, le quedó grabada. En Enero de 1692, ante la negativa del párroco de San Sulpicio, Enrique Baudrand, a que se organizara en su parroquia en serio, se dedicó un tiempo a una oración intensa para que Dios cambiara el corazón de este duro pastor y su negativa se terminara. No él, sino Dios, y no pasando muchas semanas, fue el Párroco el que le dijo que la idea del Noviciado era muy buena y debía seguir adelante con ella. Alguien había intervenido, probablemente un amigo fiel, el sacerdote Godet de Marais, al ser consagrado obispo en París.

El párroco, que no era mala persona, no entendía que los Hermanos eran algo más que un grupo de maestros de parroquia, que eran una obra de Iglesia y su ámbito era el mundo entero. Con todo declaró su alegría cuando el 1 de Noviembre se inició el Noviciado con un par de jóvenes. En poco tiempo, el grupo aumentó y en Enero del año 1693 fueron seis los Novicios que revistieron el Hábito.

Las guerras en Francia seguían violentas por entonces. El curso de ese año de 1693 se vio algo alterado en la ciudad por las duras condiciones de carestía y pobreza que crearon serios problemas a toda la población. También sufrieron los Hermanos la indigencia. Día hubo que no tuvieron nada para comer. Los Novicios dejaron Vaugirard y se trasladaron a la calle Princesa, a fin de protegerse mejor del hambre y del frío. Permanecerán allí hasta Abril del 1694.

Mientras tanto, Juan Bautista oraba. Pero también trabajaba. Miraba ya a sus treinta Hermanos como religiosos y les preparaba documentos y escritos con la facilidad y profundidad que le permitía su amplia cultura de doctor en Teología. Para ellos y para otros religiosos y religiosas que el piadoso Fundador dirigía espiritualmente, publica por primera vez la “Colección de varios trataditos”. No se conoce ningún ejemplar de esta edición. La primera conocida es de 1711. El breve tratado era una síntesis para la reflexión y para la aclaración de lo que debía ser la vida y los compromisos de los religiosos que a su lado se entregaban a Dios.

El siguiente año de 1694 comenzó con una oleada todavía mayor de hambre y de miseria. Los Hermanos pasaron mucha necesidad, pero Dios no les abandonó. Las demandas de nuevas escuelas aumentaron. Y, casualmente, el ingreso de nuevos

novicios también aumentó. Al Fundador le echaban en cara los Hermanos hambrientos que admitía a todos, pero que muchos venían para tener segura la comida. Y fue entonces cuando el biógrafo Blain ponía en su boca uno de los pequeños gestos de humor del santo. “Pero al menos hacen un retiro espiritual que les vendrá bien para su alma”.

La Salle compuso por entonces las primeras “Reglas Comunes”, después de muchas conversaciones con los Hermanos. Antes de darlas fin, parece que estuvo un mes haciendo un prolongado retiro de oración. Se envió una copia a cada una de las Comunidades de Hermanos. En ese momento había seis casas y eran unos entre treinta o treinta y cinco los Hermanos, sin contar los seis o siete novicios. También eran unas treinta las aulas, lo que significaba que los alumnos se acercaban ya a los mil quinientos.

En el tiempo de vacaciones convocó una Asamblea de los doce principales Hermanos (Primer Capítulo General) y se reunió con ellos el 30 de Mayo para aprobar de forma oficial la Regla. Hasta el 6 de Junio estuvieron en retiro. El tema central fue cómo asegurar y mejorar la vida de los Hermanos. El 6 de Junio, Domingo de la Santísima Trinidad, los doce emitieron, junto con Juan Bautista, los votos perpetuos.

La Salle intentó que eligieran un Superior que fuera Hermano, pero, en dos votaciones, los doce lo eligieron a él por unanimidad. Aunque le supuso una contrariedad, no tuvo más remedio que asumirlo por ser con evidencia la voluntad de Dios. Pero, al día siguiente antes de que marcharan a sus comunidades, le pidió que firmaran todos un acta por el que se comprometían a no elegir nunca un superior que no fuera Hermano. La Salle escribió entonces, a petición de los Hermanos, un memorial sobre los “Orígenes de la Sociedad”. También en este año compuso, según Blain, algunos libros como “Reglas de Urbanidad y cortesía cristiana”, las “Instrucciones para la Santa Misa” y acaso algunos “Catecismos”. Pudo también elaborar algún esquema de lo que luego serían “Los deberes de un cristiano”. Posiblemente, también algún texto de catecismo que no ha llegado hasta nosotros.

En 1695 siguió su actividad literaria con intensidad. Tenía claro que la pluma deja mensajes duraderos y la palabra sentimientos pasajeros. Era una de sus ideas que dejó hermosamente plasmada en la Meditación de San Lucas: “Las palabras, al ser pasajeras, no impresionan más que una vez los corazones; pero el bien que producen los escritos que son permanentes es muy grande; producen siempre sus

frutos y son capaces de convertir a lo largo de los siglos a muchas almas (Med.1 178.3). Era el espíritu que le arrastraba a preparar escritos que se convirtieran en alimento sólido de los Hermanos y de los escolares, incluso de muchas personas externas, pues sus editores los convertían en libros de venta y amplia difusión.

Él escribía sus textos con humildad y sólo por espíritu de servicio. Por entonces preparaba ya un boceto inicial de la “Guía de las Escuelas Cristianas” y consultaba con muchos Hermanos lo que convenía poner, cambiar, mejorar o corregir.

El 29 de Mayo renovaron los Hermanos los votos perpetuos de obediencia, asociación y dedicación a la educación de los niños pobres. Ya añadieron en fórmula los compromisos que había escrito en el texto del voto heroico: “aunque tengan que vivir de limosna y comer sólo pan”. Es entonces cuando probablemente preparó el escrito más profundo y cautivador de su personalidad de Fundador de Escuelas Cristianas. Tal merece decirse de contenido de las 16 “Meditaciones para el tiempo de retiro para los maestros”.

El 13 de Febrero de 1696 el sacerdote sulpiciano Joaquín Trotti de la Chetardie sucedía como párroco en San Sulpicio. Será un incordiante adversario de La Salle hasta su muerte en 1714. Su afán de inmiscuirse en las cosas internas del nuevo Instituto, acaso por influencia de otros sulpicianos, resultó una aguda espina para Juan Bautista. Pero un santo como él tenía que avanzar siempre en medio de las cruces.

Juan Bautista pasaba por entonces mucho tiempo pensando y escribiendo sus libros para servicio de las escuelas. Casi seguro que, en este año, preparó y editó un “Silabario” para las aulas. A comienzos del año siguiente, 1697, escribió la “Guía del formador de maestros nuevos”.

El 27 de Marzo de 1697 recibió la autorización para tener capilla propia en Vaugirard y guardar en ella la Eucaristía. Hay recibos de la entrega a la censura de diversos libros y de pago de tasas, como era preceptivo. En Diciembre abre la escuela de San Plácido, en París. Entre obras escritas y obras escolares, su vida discurría muy creativa y sin tiempos para detenerse en pequeñeces. Pero, detrás de esa vida exterior, estaba la vida interior que le movía a confiar en Dios y a entregarse de lleno a la formación espiritual y profesional de los Hermanos.

En 1698 su visión de educador le movió a buscar algún lugar mejor en que poder reunir a los Hermanos de las escuelas. Su inquietud por su formación se



mantenía viva operativa. Encontró uno suficiente y aceptable y lo alquiló en los comienzos del año: era la llamada “Casa grande”, en la calle Vaugirard. La otra casa, que antes los Hermanos llamaban con este nombre, resultaba ya pequeña para los que se iban juntando, que podían llegar a cincuenta o sesenta personas. El 18 de Abril trasladó allí el Noviciado.

Y fue también por Abril cuando recibió en la nueva casa a un grupo de 40 jóvenes irlandeses, a petición del Cardenal Noailles, arzobispo de París. Eran jóvenes exiliados de Inglaterra, hijos de los cortesanos o servidores que siguieron al exilio al Rey Jacobo II. Precisaban aprender la lengua francesa y un oficio para poder ganarse la vida, si su destierro se prolongaba, como en efecto sucedió, ante el fracaso de los intentos del rey francés de invadir Inglaterra y recuperar el trono para el monarca inglés. Los resultados educativos fueron excelentes.

La tradición, que no los documentos, dicen fue el mismo Jacobo I, el destronado rey de Inglaterra, fue en alguna ocasión a la casa para cerciorarse del progreso de sus jóvenes vasallos. El que sí debió acudir a la casa en alguna ocasión fue el mismo Cardenal Arzobispo de París Noailles, que evidentemente quería quedar bien con el regio huésped de Francia.

